

Aquel jardín filtraba en el alma una impresión de frescura virginal: las tapias bien enjambagadas; el suelo herboso, sin recortes ni retoques, con cierta graciaosidad agrieta; las malvas reales; tiernas y espi-gadas, salpicando aquí y allá colores vivos; un ro-mero tristán trepando empajado con un ciprés; en el fondo la rectoral, blanca como azucena, á su sombra el coro infantil, regalando armonías al aire que ya del monte bajaba cargado de aromas, y dán-dole á todo soplo viviente, el padre Gerardo, alto, fornido, en plenitud de vida, de rostro hermoso que respiraba salud, en el que se espejaba sin entriste-cerle con mustias palideces ni cárdeno livor, un alma inflamada en fuego del cielo, de pureza matri-tina, de candor inmaculado; mozállon vigoroso como un gañán y sencillo como un Gonzalo, empapada su intimidad en ascetismo claustal, pero manifes-tándose al mundo con una santidad atractiva, risueña y saludable. Por una misteriosa relación de ideas, aquel sacerdote tan sano y tan santo, traía el recuerdo de la catedral cristiana, firme, de recios muros, pero rasgada con ventanales que la inundan de luz y de colores muy brillantes. Apostólico equi-librio de virginidad en el alma y de salud en el cuerpo.

—¡A las eras, muchachos!—dijo el padre Gerardo, terminado el ensayo;—pero tú, Nolasco, y tú, Jose-lico, á las campanas; estaros atentos, y así que veáis carretera adelante gran polvareda, repicáis con alma. Vosotros, ¡eh!—gritó á la rapacería, desban-dada ya por el jardín,—en cuanto suene la primera campanada, al coro.

Oyóse entonces por las callejuelas del pueblo es-trepitoso vocerío, que contuvo un instante á la tur-bamulta infantil; y aun el párroco aplicó el oído y aguzó la mirada, creyendo ya ver al obispo entrar por su jardín adentro.

Creció la gritería, que, con discordes intermiten-cias, hacía la rectoral pareciera encaminarse; y tan dis-tintos se oyeron corajudos insultos y amenazas de muerte, que el párroco, á grandes voces, mandó abrir la puerta á los muchachos que más cerca de ella estaban. No hubo lugar á ello; desde fuera, á repujón, la franquearon, y Gerardo vió aparecer en el jardín, avanzar y echarle los brazos al cuello á una dama de elegante atavío y de grande hermo-sura, no descompuesta por la agitación y el susto:

—¡Ampáreme usted! ¡quierien matarme!—y al de-cir esto, aferraba las enguantadas manos á la so-tana del cura.

Algo balbuceó éste, pero la turba rugía ya tras las tapias, y un instante después invadieron airados la rectoral mozos, viejos y mujeres, unos armados con dalles, otros esgrimiendo borrones; los mozos con garrotes, las mozas con guijarros ó con barro. El tumulto era ensordecedor.—¡Mátela, padre! ¡Es ra-mera, es ramera! ¡La Mercedes, la Mercedona!—grita-ban; y á coro, iracundos, amenazando con brutal acometida.—¡Mercedona, Mercedona, nosotros te arrastramos si te suelta el señor cura!—Y del popu-lacho salió una pellada de lodo que fué á man-char la sotana raída.

Gerardo, que hasta entonces sólo se había expre-sado á la muchedumbre con los ojos, se irguió, y dando al aire su voz de torrente:—¡Fuera, gentuza miserable; fuera, fuera de mi casa! Si esta mujer es ramera, vosotros sois matadores.

Todos contestaron:—¡Arrastrarla, arrastrarla! El sacerdote, amparado á la pectoral con su cuerpo, avanzó hacia la turba hacinada y con rostro sereno, apacible casi, pero con palabra que tronaba en el aire, sonora y terrible, clamó:

—Abro mi casa á los pecadores, pero no á los que vienen á pecar en ella; fuera de aquí, canalla indó-mita. ¿De qué me sirvió á mí, predicaros allí dentro—y con el índice señalaba la iglesia que estaba á su espalda,—predicaros un día y otro día, la santa caridad, la caridad de Cristo? Acudieron entonces á su mente y á su boca sa-grados textos, y con faz iluminada por llama inter-na, echando lumbradas por los ojos, endilgó á la multitud estas palabras:

—*Frates, si linguís hominum loquar et angelo-rum, charitatem...* pero no, pueblo empedernido, lo diré de modo que me entiendas. Si yo hablase las lenguas de los ángeles y de los hombres y me falta-se la caridad, sería no más que como un bronce que suena ó como una campana que tañe... ¿Me enten-deís ahora? Si tuviese toda la fe necesaria para ha-cer que mudasen de lugar los montes y me faltase la caridad, nada sería... ¿Seguís entendiendo? Si distribuyese todos mis bienes para sustento de po-bres, si entregase mi cuerpo á las llamas, y me falta-se la caridad, de nada me aprovecharía todo esto; porque lo que hay de permanente son tres cosas, y no yo, Pablo lo dice, tres cosas: fe, esperanza y ca-ridad, y la más noble de las tres: la caridad; y San Juan remacha el clavo, oídme lo largo de aquí, ¡lar-go! Cualquiera que tiene odio á su hermano, es ho-micida ¿oisteis? homicida; y aun manda que no ame-mos solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y sinceramente.

Tal elocuencia y brío puso el santo varón, que los labriegos, aun sin entender claramente lo que su párroco les decía, á medida que avanzaba el dis-curso iban retrocediendo, y muchos oyeron ya las últi-mas palabras de tapias afuera. Mas como todavía rezongase un grupo de gente garriada y bravucona, el cura se apartó á un lado, presentándoles hincada á sus pies á la recién llegada, y con mansedumbre dijo:

—¡Meted las manos en vuestros pechos; á ver, ja-yanes, á ver quién tira la primera piedra!

Descontentos y grunones marcharon, pero en el jardín quedó su dueño á solas con la trémula y her-mosa desconocida, cuando ya el recalón de la tar-de anunciaba el crepúsculo.

Al volverse el sacerdote ya no pudo ver de frente á la mujer intrusa; sentada junto al brocal del pozo, en una piedra que la humedad del sitio tapizaba de líquen, pliegado el cuerpo, hundida la cabeza entre las manos, gemía desconsoladamente.

Gerardo se encaminó con resolución hacia ella, y dejando caer la dura mano sobre la espalda de la gemidora, exclamó con áspero tono:

—Si no fueron calumnias... llora, mujer, que te redima el llanto.

Levantó Mercedes el cuerpo, y fija su mirada en la del sacerdote, le contestó triste:

—Hace mucho tiempo que me negó Dios el consuelo de las lágrimas.

—Pues si no es á llorar, ¿qué mal viento te arras-tró á esta casa?

La mujer, con ademán gracioso, recogió á un lado su faldamenta para abrir lugar en el asiento; pero el sacerdote en pie, miraba el rostro de la pecado-ra, encendido por el sobresalto, flameantes los ne-gros, rasgados ojos, revueltos sobre la frente travi-sos rizos, que dejaba escapar el sombrero de viá-

je, ajustado el talle, palpitante el seno, y todo, todo para él tenía tufillo lupanario, aire liviano, que le asqueaba con invencible repugnancia, impeliéndole á retroceder como quien se aparta de corona he-dionda. La mirada de Gerardo, serena y pura, hirió á la meretriz, que humilló los ojos, y juntas las ma-nos, imploró ¡perdón! con voz muy apagada, aña-diendo después:—Me marcharé si molesto.

Una ráfaga de piedad refrescó el alma del asceta, un rayo de luz iluminó su pensamiento, y tan arre-batadamente fué á sentarse á la vera de la pecado-ra, que en poco estuvo que no cayese á sus pies pi-diéndole también ser perdonado.

—Habla, mujer, habla cuanto apetezcas; pero há-blame con verdad, que yo te escucharé con miseri-cordia.

Mercedes, garbosamente, desnudó sus manos, y arrebujados los guantes los aventó lejos; menudas piedrecillas relucían en sus dedos cuando al rela-to acompañaba un accionar sencillo, y todo su cuer-po exhalaba suave fragancia, que para el varón cas-to era olfatear aroma de lascivia.

—Vine para morir al lado de mis padres; pero us-ted lo ha visto: á empellones, á pedradas me despi-dieron de casa.

—Tú los afoteaste primero.

—Ya no es la hija, es una moribunda—y al decir esto ponía la mano sobre el corazón;—pido por cari-dad, de limosna, misericordia, padre, misericordia. ¡Ah señor! usted no puede comprenderme—y el pie dispuesta á marchar:—ya lo sé, ya lo sé. Usted un ángel y yo una mujerzuela.

—La misericordia de Dios es infinita, sigue, sigue hermana.

—Gracias, gracias; es la primera vez que un hom-bre me llama hermana.

Al decir esto, la vió palidecer y dar en tierra, be-sándole los pies arrebatadamente.

Algo balbuceaba la infeliz, pero un ahogo congo-joso la estremece; el sacerdote la incorporó, lívida, desmblatada. Sosteniéndola entre sus brazos vol-vió á sentarse, y después de reanimada la pecadora, se oyó lento el cuchicheo de un confesor y de una penitente; ella, cerrados los ojos, crispadas las ma-nos, y el siguiendo los revuelos de las golondrinas, que á la luz crepuscular, piaban alrededor de sus cabezas.

Duró algún tiempo aquel susurro manso, aquel íntimo platicar como de enamorados, en la soledad de un jardín, en medio de la calma, del silencio so-lenne de la Naturaleza. La meretriz vertía torpezas de su vida en los oídos serafícos, y el siervo del Se-ñor gozaba con místico deleite, con arrobamiento, en éxtasis, la salvación de un alma.

No acabó la confesión; otra vez la asfíxia cortó el aliento de la penitente, que sin voz apenas, con ges-tos angustiosos, pidió agua al sacerdote. Apresurado se levantó Gerardo, encaminándose al brocal; tiró el balde al fondo y al izar con garbo, chirriaba la cadena en la polea rasgando el aire con su quejido penetrante y misterioso. Mercedes consumió con ansia, á sorbos breves, el agua que en limpia jarra aplicó á sus labios el mismo sacerdote. Sólo pudo expresar su gratitud con una mirada, pero tan dulce y profunda, tan limpia de sensualismo y desearo, que el rígido amparador de la extraviada levantó los ojos al cielo, y oprimido el pecho con las manos ardientes, temblorosas, balbuceante por el placer, por unción divina, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

La arrepentida quiso también incorporarse; pero el ahogo la sacudía con fuerza, su respiración llegó á ser un gruñido prolongado y rónico; llevó las ma-nos al cuello, hundió las uñas en la carne y echó atrás la cabeza. Entonces Gerardo desabrochó el ves-tido de la infeliz mujer y metió la mano briosamente por entre las blancuras del seno para desgarrar el corsé que oprimía el corazón de la enferma. Llegó á los pulmones una bocanada de aire, pero á la sofocación violenta siguió pronto una congoja mortal.

El sacerdote, cogidas entre las suyas amorosa-mente las manos de Mercedes, exclamó, al sentir su contacto frío:—Estás yerta, mujer; ven, ven á reani-mar; allí dentro terminaremos la confesión; ven, ven, criatura de Dios; ven á mi cama. El nos ve, sólo El nos juzga.—Y elevando la mirada:—¡Señor, Señor, tú lo mandas, hágase tu voluntad!

Levantó con forzado brazo el cuerpo desfallecido, metiéndose en la rectoral, entró en la alcoba, que estaba á flor de tierra, y sobre el lecho duro depositó la carga.

La mujer, anhelante, contraído violentamente el rostro, seguía con ojos desmesurados al sacerdote, que á desgarrones desnudaba el cuerpo hermoso, con la repulsión nauseabunda del que desnuda un cuerpo corrompido por rona y lepra. Cayeron al suelo las blancas ropas, y para no infestar su celda de aromas mundanos recogió el montón, aún tibio, cruzó en cuatro zancadas el jardín y echó al ester-colero batistas y randas. Cuando volvía oyó en el aire un estampido, y segundos después las campanas voingleras anunciaban la visita del prelado.

El casto varón levantó la cabeza para ver un ins-tante el centellear del lucero solitario en el cielo blanquecino, y ahincada la mirada en su fulgor temblón, volvió á exclamar:

—¡Señor, Señor, tú lo mandas; hágase tu vo-luntad!

Mientras el párroco del lugarejo endulzaba el mo-rir de la arrepentida con palabras impregnadas de amor divino, arreciaba el empuje y menudeaban los cohetes. Gerardo, embebecido en su obra, hablaba pausadamente, con efusión fraternal, dando á su voz inflexiones amorosas; la ramera, sin apar-tar la mirada honda y penetrante de la faz del asceta, parecía irse hundiendo en un mundo plácido, arrullada por el murmullo de la caridad.

En la puerta del jardín se aglomeró la turba, y al llegar el coche del obispo, todos de rondón entra-ron murmurando y maldiciendo. A la violada luz de la tarde que moría, y por la ventana de la alco-ba, figararon los más impacientes.

—¡Ahí están, ahí están los dos!—prorrumpieron con bestial rugido, á punto que el Pastor, alto, de cabeza encanecida y macilento rostro, avanzaba ya por el jardín embalsamado.

—¡Ahí están!—le repitieron todos, señalando con ahínco á la ventana.

Detuvo el obispo su firme paso y husmeó tam-bién entre increíble y vacilante; pero en aquel mo-mento Gerardo abrió las vidrieras con faz resplan-deciente, y mostrando el cuerpo rígido que en el fondo de la celda, sobre el lecho, se veía, llevó el índice á los labios; y después, levantada la mano, señaló al cielo.

F. ACEBAL

Presagios.

«Se muere sin remedio... ¡Pobre niña!

De esta noche no pasa...»

Y al escuchar del médico impasible la predicción amarga,

sentí que el corazón se me oprimía y la pena me ahogaba.

¡Morir!... ¡qué idea! Cuando todo ríe y alegre se presenta á su mirada;

cuando apunta la dulce y sonriente primavera del alma;

cuando el amor en su inocente pecho aun no prendió la abrasadora llama.

No morirá... Mas ¡ay! la calentura que con su aliento abrasa,

y hace correr por las ardientes venas en vez de sangre, lava,

lo mismo que un amante enardecido su cuerpo juvenil con furia abraza.

¡Qué noche de tristeza y pesadumbre! Noche angustiosa y larga;

el corazón cubierto de negruras; en penumbra la estancia.

¡Con qué ansiedad mi pecho dolorido el lento golpe del reloj contaba!

Con qué ansiedad mis ojos pretendían ver la indecisa claridad del alba:

luz que ahuyentase á la terrible muerte que en las sombras aguarda.

En el silencio de la negra noche, con sonido tan lúgubre que espanta,

tristes resuenan los lejanos ecos de los perros que ladran.

Y como triste y pavoroso augurio que la muerte presagia,

en torno de la luz revolotea un abejorro de negruzcas alas.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

ENRIQUE DE MESA

CLARO DE LUNA

Los últimos resplandores rosáceos de una esplén-dida puesta de sol se extinguían en el horizonte, iluminando el cielo con esa luz dulce y misteriosa que siempre ha sido fuente de inspiraciones para sonadores y poetas.

El mar, ligeramente rizado por manso y rumoroso oleaje, se confundía á lo lejos con el cielo en los límites que alcanzaba la vista desde lo alto del pro-montorio de rocas que forman el llamado *Cabo de Udra*, y que, cual atrevido navegante, penetra entre las espumosas ondas del Atlántico, defendiendo con el llamado de *Cabo-Castro* aquellas costas, y particularmente, por su situación paralela, la entra-da de la pintoresca ría de Marín.

En aquella hora crepuscular, la risueña campiña que se extendía hacia *San Senjo* y *Pontevedra* no tenía colores, ni la brillantez de reflejos que horas antes, cuando el sol iluminaba los risueños prados y verdes maizales, y la misma colina semejava una masa enorme á modo de inmenso bloque de granito, desprovista de toda vegetación.

Á lo largo de las rocas, en las que con incesante movimiento iban á estrellarse las olas, se había practicado un estrecho sendero, utilizado única-mente por algunos pescadores que por allí saltaban á tierra para ganar más prontamente el camino de la vecina aldea.

Por dicho sendero se paseaba un hombre con la cabeza baja y los brazos nerviosamente cruzados sobre el pecho. Se comprendía al verlo ir y venir, como una sombra, que su espíritu estaba lejos de aquellos lugares, embargado por una gran preocu-pación, y en su mirada vaga y sin expresión se adi-vinaba la tensión de su pensamiento.

Joven y vigoroso, vestía como los campesinos, si bien la boina y el amplio chaquetón, que indolente colgaba de sus hombros, indicaba que se dedicaba, más que á las labores del campo, á las rudas faenas de la gente de mar.

Hacia dos años que vivía allá arriba, en un re-plegue de la colina, camino de la aldea, en una pe-queña casita de blancas paredes, casi cubierta por el abundoso ramaje de una higuera y los brazos tre-padores de una parra, que amorosamente se entre-lazaban, imitando las caricias de sus felices mora-dores.

Allí vivía con su mujer, la hermosa Peregrina, la moza de más gracia y honesto donaire de todas las que solían acudir á la romería de *San Juan de Poyo*. Eran felices, ó al menos así lo reputaban, no faltán-doles salud y trabajo, y más de una madre envidiosa lanzaba una oblicua mirada al pasar ante aquel nido, al que sólo faltaba el alegre pjar de la primera ería; mas de pronto no se sabe qué fermento extra-ño de frialdad y de incesante querrela se interpuso entre ellos, y las disputas se sucedían, tomando ya tal carácter de acritud que la vida se hizo imposible, pensando ya en separarse, condenándose á vivir con el recuerdo eterno é implacable de la dicha perdida.

Esto era lo que Juan y Peregrina habían decidido aquella misma tarde cuando el sol caldeaba aún los blancos muros de la casita y como término á una de sus reyertas, superior en violencia á cuantas habían tenido.

—¡Pues bien!—había dicho ella—ya que te empe-

ñas en negar lo que todos saben... quédate aquí con ella... yo me voy á casa de mis padres...

—Vete si quieres,—le había contestado él con aire desabrido y como fatigado por la incesante lucha.

Y con el ceño fruncido y la mirada hosca salió de la casa sin despedirse de ella, sin dirigirla ni una mirada, á pesar de la tempestad de gritos y sollozos que estalló ante su contestación; y, maquinalmente, había tomado el sendero de las rocas junto al mar, necesitando más aire para sus pulmones y más hori-zonte para sus ojos, anublados por la cólera; pues cuán cierto es que para calmar las tempestades huma-nas, nada hay tan eficaz ni valeroso como el es-pectáculo de la Naturaleza en toda su serenidad y majestuosa grandeza.

Y ahora pensaba, á solas allí con sus ideas, que ella se iba y que él se quedaría solo... ¡sentir solo en aquella casa donde cada sitio le recordaría la ausente y donde cada objeto era testigo mudo de su pasada felicidad!

¿Y todo, por qué?... Por los infundados celos de Peregrina, atizados con aviesa intención por alguna alma ruin y envidiosa. Desde un día que supo Peregrina que Juan pasaba algunos ratos en la taberna del tío *Parrandina*, cuya hija Marta había sido no-ovia de su marido, y las gentes decían si habían tenido ó no habían tenido (pues en verdad la reputa-ción de la muchacha era menos que mediana), los celos habían mordido en su alma, pero celos feroces, con ansias de matar y destruir, y tal como los sien-ten las naturalezas violentas. Á su ímpetu salvaje había desaparecido la paz en aquella casa, dejando su puesto á las quejas y recriminaciones.

En vano Juan se esforzaba en demostrarla la in-justicia de sus sospechas, jurando y perjuroando una y otra vez á Peregrina que ella sola era el objeto de su cariño: en vano procuraba otras veces tomarlo á risa; Peregrina, siempre airada y violenta, con-testaba á sus palabras con injurias, y á sus frases de amor con burlas y sarcasmos.

La vida juntos se hacía por lo tanto imposible, y como afortunadamente Dios no les había concedido hijos, cada uno tiraría por su lado, y en paz.

Por eso caminaba Juan aquella tarde tan absorto en sus pensamientos, recorriendo el sendero á lo largo de las rocas; su pie no tropezaba contra las penas, porque conocía bien el camino; pero su cora-zón acongojado se oprimía más y más contra los obstáculos de un porvenir triste y desolado.

Poco á poco el cielo se puso más claro, cada vez más; hubiérase creído que iba á iluminarse comple-tamente; pero Juan lo miró distraído, aunque el es-pectáculo que ofrecía la inmensidad del Océano desde aquellas rocas era hermoso é imponente.

¿Acaso no tenía bastante con sus penas para re-parar en tales bellezas?

Dió la espalda al Oriente y continuó su solitario paseo; pero al mirar hacia el repliegue de la colina adonde volaban sus pensamientos y deseos, vió que por el sendero bajaba una forma de mujer, con paso acelerado y en dirección á donde él estaba, y su cora-zón la adivinó antes que la vieran sus ojos. ¡Era ella; su Peregrina; su mujercita querida! ¿Qué le querría?... ¿Vendría airada y colérica á promoverle otra disputa, ó tal vez arrepentida se aprestaba á pedir un perdón que ansiaban concederla?

Instintivamente volvió Juan á desandar lo andado, y volviéndole la espalda, no quiso que en su rostro pudiera leer al pronto la alteración que habían im-preso los reproches recibidos.

Ella se acercaba á toda prisa, y ya se percibían claramente el ruido de sus pisadas sobre las piedras, y Juan, sin darse cuenta de ello, iba lentamente acortando el paso, hasta que la distancia fué ya tan corta que pudo él percibir casi á su lado la respira-ción anhelante de Peregrina.

Un estremecimiento general, una debilidad in-mensa sintió Juan que invadía todo su ser al contac-to de una mano que se apoyaba sobre su hombro, y al oír una voz opaca y temblorosa que le decía:

—Juan... ¡vengo á despedirme!

¿Conque era cierta su desgracia? ¿no había medio de reconciliación?—pensó el pobre mozo, y toda su sangre, agolpada al corazón, le impedía decir una palabra ni hacer el menor movimiento.

—Comprendo—continuó diciendo Peregrina—que la violencia de mi carácter tiene casi siempre la culpa... pero qué quieres; la idea de que prefieras á otra mujer me vuelve loca... soy soberbia... tal vez injusta; pero sólo tengo una excusa legítima, y es... ¡que te quiero mucho!—y aquí los sollozos, mal com-primidos de la mujer, ahogaron casi sus palabras. Juan, entretanto, rígido, haciéndose fuerte contra los furiosos deseos que le saltaban de coger aquella cabeza que casi se apoyaba en su espalda y cubrirla de besos, sentía una angustia inmensa, lu-chando para conservar su dignidad y su cariño, tan injustamente ofendidos.

—Tal vez—prosiguió ella al ver que Juan permanecía silencioso,—tal vez será para ti mejor que me aleje de aquí, y recobrarás la tranquilidad que á mi lado te falta... pero sólo te pido que no me guardes rencor, que yo nunca he de olvidarte, pues llevo conmigo una prenda de tu cariño que me consolará en tu ausencia.

—¡Una prenda!—balbuceó Juan.—¿Cuál?

Y volviendo lentamente la cabeza, sus ojos se mi-raron en los de Peregrina, que confusa y como temerosa de que él no comprendiese le miraba son-riente, pero con los ojos cuajados de lágrimas.

No se hablaron una palabra más.

Juan comprendió cuál era la dulce prenda á que ella aludía, y abriéndola los brazos la estrechó por largo rato sobre su corazón.

Todo el rencor de la querrela quedaba ya vencido y olvidado, y el hijo tan ardientemente deseado lle-gaba á tiempo de unir aquellos dos corazones pró-ximos á separarse.

En aquel mismo momento, desgarrando los pabe-lones de nubes que la envolvían, la luna les envió su claridad deslumbradora en haces de luz plateada y brillante, que iluminó intensamente las arterias negruzcas.

Apoyados el uno en el otro, juntas sus manos, el corazón dilatado por la dicha y abierto á la espe-ranza, bajaron por aquel sendero que poco antes re-corrían llenos de mortal angustia. Y así, juntos, unidos sus cuerpos como el amor unía sus almas, sin hablarse apenas y embargados por esa alegría grave y serena que llena de lágrimas nuestros ojos y hace palpitar con mayor intensidad nuestro cora-zón, pensaban que la felicidad es tanto preciosa para destruirla en un momento de ciego arrebatado, Arrobados por el sublime espectáculo de aquella noche serena, aceptaban como celeste presagio de paz la precipitada fuga de los negros nubarrones, que rápidamente se alejaban hacia los confines del horizonte, mientras la luna espléndida y majestuosa, alzándose lentamente, desplegaba como un inmenso abanico sus rayos argentados que se quebraban y chispeaban sobre el mar apacible y sereno.

Luis C. PITA PIZARRO